verdad, que son profundas estas palabras y encierran un tratado entero de moral y de teología! El hombre sin oracion, no teniendo el auxilio sobrenatural de la gracia, está entregado á las tinieblas, miseria y corrupcion; es juguete de todos los errores y presa de todas las pasiones; y en este estado ya no se puede contar ni con su religion ni con su virtud. Posible es que el hombre que ora, caiga alguna vez como por sorpresa; pero es imposible que el hombre que no ora sea sólido y verdaderamente virtuoso. No hay virtud verdadera sin religion, así como no hay religion sin oracion. Por consiguiente el hombre que no ora, nada es; ni puede ser sinceramente virtuoso, ni verdaderamente honrado ciudadano: y segun la filosofía oriental, no es ni puede ser sino un impío, respecto á la creencia, y mejor dicho, un malvado con relacion á las costumbres. "Por lo que á mí toca, me decia uno de mis amigos, hombre de mundo, os confieso que si yo tuviera una hija por casar, un depósito que asegurar, no daria á mi hija, ni entregaria el depósito á un hombre que no orase; porque el hombre que no ora, es el hombre precisado á conformarse con su conciencia su única hija, vive á merced y bajo la tiranía del demonio. *Filia mea male a dœmonio vexatur;* y nadie me podria garantizar la moralidad de un hombre esclavo de sus pasiones y del demonio."

En una palabra, dadme al hombre más vicioso; si ora, él se corregirá y salvará; mas, dadme por el contrario, al hombre más santo; si deja de orar, se enflaquece, cae y se pierde.

El que mucho ora, ó no es tentado, ó nunca sucumbe. El dia de la caida, decia San Bernardo, es el dia en que se ha descuidado en fortificarse con la oracion. (1) La misma perseverancia final, el último don de Dios, el que corona y pone el sello á todos los otros dones; la perseverancia final, este don supremo que nos abre las puertas de los cielos y consuma nuestra salvacion, no lo debe el Señor á mérito alguno por grande que sea; y sin embargo, dice San Agustin, no lo rehusa, ni rehusarlo puede al de la oracion. (2) Y ¿por qué? Porque así lo prometió, reservó y aseguró solemnemente Dios en su misericordia, estableciendo entre la oracion y la perseverancia final una relacion necesaria; de suerte, que la oracion humilde y constante, no puede faltar á la perseverancia, ni la perseverancia puede rehusarse á la oracion.

1 "Horrendum est diem sine oratione transire."
2 "Hoc donum Dei suppliciter emereri potest."

Almas cristianas, á quienes la incertidumbre de vuestra salvacion preocupa tanto, ahí teneis con qué calmar vuestras inquietudes y temores. Cuando abandoneis la práctica de la oracion, es cuando debeis temblar; pero mientras la sigais, nada debeis temer con relacion á vuestra salud. Pidiéndole á Dios diariamente que os salve, vosotras seréis salvas. La oracion alejandoos del mal y fijandoos en la práctica del bien, engendra vuestra vocacion cierta é infalible. Los elegidos de Dios, los predestinados oran; así como los condenados, los réprobos, son los que no oran, porque los que no oran, no hacen ni pueden hacer todo el bien que deben para salvarse.

El hombre que peca se entrega al error y los desórdenes y en ellos perece, es el hombre, que no orando, renunció voluntariamente al único medio poderoso y eficaz de ser fuerte contra la debilidad de la naturaleza, contra la violencia de las tentaciones y contra el atractivo del pecado: es el hombre, por consiguiente, voluntariamente débil y pecador; es el hombre que pecó y se perdió, porque quiso pecar y perderse, despreciando el medio poderoso al que estaba ligada la fuerza del alma, la práctica del bien y la adquisicion de la bienaventuranza. Así es como Dios reprueba al hombre que á sí mismo quiere hacerse réprobo y que fabricó su perdicion con sus propias manos; *Perditio tua Israel; tantummodo in me auxilium tuum* (Oseas, XIII).

Por tanto, es necesaria la oracion para ser el hombre justo, para ser verdadero y buen cristiano, para practicar y perseverar en el bien, y para aspirar y conseguir la bienaventuranza.

Despertemos, pues, en nosotros, durante este tiempo de cuaresma, el espíritu; afanémonos por adquirir para nuestras almas este capital, este rico tesoro que nos compró nuestro Divino Salvador con su sangre y nos le-

003660

gó por su bondad: esa primera gracia, la de la oracion, que á ninguno se niega, y que es la llave y la seguridad de todas las demas virtudes. Oremos con fé, humildad, confianza, constancia y fervor: oremos debidamente; oremos siempre y jamás dejemos de orar, y encontraremos en la oracion y por la oracion la luz del espíritu, la fuèrza del alma, el remedio contra todos los males espirituales, el bálsamo de todas nuestras llagas, el antídoto contra todos los vicios, el escudo contra los asaltos del demonio, del mundo, de la carne y de las pasiones; la resignacion en todos los trabajos, el consuelo en los dolores, el apoyo de las virtudes, el manantial de las gracias, la regla de la vida, el consuelo en la muerte y la garantía de la bienaventuranza; porque está escrito que todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo: *Quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit* (Act., II). Así sea.

APENDICE

DE LA HOMILIA PRECEDENTE.

Algunas otras consideraciones sobre la oracion.

Es un error pensar que la oracion no es sino una práctica superogatoria de piedad: la oracion es un deber esencial de la religion. El rey profeta dijo: que todos los seres de la creacion tienen fijos sus ojos en Dios, esperando que les conceda lo que necesitan, y que el Dios de bondad, movido por esa esperanza, que puede considerarse como una oracion, abre su mano bienhehora, y concede á cada criatura el alimento que le es propio, desparramando sobre todo el universo las bendiciones y los socorros de su amor: *Oculi omnium in te sperant, Domine, ut des escam illis in tempore opportuno; aperis tu manum tuam, et imples omne animal benedictione* (Psal. CIII). Todo, pues, ora en la naturaleza; el bruto, la planta, el hombre. La humanidad entera ha orado siempre, y siempre orará; porque la oracion es una ley universal del mundo moral, como la atraccion lo es del mundo físico.

Nosotros debemos culto á Dios como á nuestro Creador, á nuestro Señor y dueño; y este culto no se lo podemos tributar sino por la oracion. Orar, es creer que este Dios, que es Todopoderoso, dueño y árbitro de todo; orar, es es-

perar que Dios por su bondad y misericordia se dignará concedernos lo que le pedimos: orar es amar á Dios y reconocer que nos ama; porque no oran sino los que aman y creen que son amados, orar, finalmente, es humillarse delante de Dios; porque es reconocer, que nada hay sin Dios, y que en solo Dios se encuentra el camino del bien, la verdad y la vida, que tenemos necesidad de su auxilio y que todos los bienes nos vienen de su mano.

Reflexionemos asimismo: dueño absoluto y soberano de todo, no debiendo nada á ninguna criatura, no puede hacerles el bien, sino solo por un acto de su bondad. La salud eterna no es, ni puede ser sino obra de la gracia; pero habiendo creado Dios al hombre libre en su voluntad y acciones, y capaz, por esto mismo de merecer en alguna manera su salvacion, esta salvacion es una retribucion, ó un precio de sus obras. Más ¿cómo pueden conciliarse cosas tan opuestas? Si la salvacion es obra de la gracia, es independiente de toda buena obra: *Si gratia jam non ex operibus*, ha dicho San Pablo (Rom., XI) y si es una recompensa de las obras de los hombres, ya no es una gracia. La gracia excluye al mérito, así como el mérito á la gracia. Mas con la oracion desaparecen esas dificultades, y se concilian la gracia y el merecimiento á un mismo tiempo en la economía de la salud eterna. No se alcanza la salvacion sino por las buenas obras; más estas obras no se verifican sino por los socorros de la gracia, y esto hace que la salvacion no sea sino el resultado de la gracia. Pero no acordando Dios los socorros de sus gracias sino á la oracion, obteniendo el hombre esos socorros por la oracion, que le es meritoria, se sigue que por un mérito propio obra el bien, y por consiguiente, la salvacion, que no es sino la recompensa del bien obrar, se hace meritoria. Toda la economía de la salud eterna consiste en la oracion. Ved sobre esto la doctrina del Concilio de Trento. Creemos, dice el concilio, que ninguno llega á la salud si no es invitado y llamado por Dios; que ninguno, y aun invitado y llamado que sea, obra su salud sino por los auxilios de Dios, y que nadie obtiene de Dios esos auxilios sino por la oracion: *Nullum credimus ad salutem, nis i Deo invitante, pervenire; nullum invitatum, nisi Deo auxiliante; salutem operari. nullum, nisi orantem, auxilium promereri.*

En segundo lugar, es la oracion al alma, dice S. Agustin, lo que el alimento al cuerpo. Así como no se puede conservar la vida del cuerpo sin alimentarle, de igual manera no se puede conservar la vida del alma sin la oracion.

Nosotros por nosotros mismos no somos sino miseria y debilidad, no tenemos sino el principio de nuestra caida y de nuestra perdicion. La fuerza y valor para triunfar del mal nos son estrínsecas, y no se encuentran sino en Dios. Todo esto debe venirnos de lo alto y sernos concedido por Dios, que es el dispensador de todo dón, el que solo por la oracion se obtiene. La oracion, dice San Agustin, no es sino el grito de una grande miseria delante de una grande misericordia, delante de Dios: *Omnes mendici Dei sumus:* y el profeta decia, que el hombre no es sino un mendigo que no puede obtener sino en Dios los socorros de su subsistencia. *Ego vero egenus et pauper sum; Deus, adjuva me* (Psal. LXIX).

Verdad es que con frecuencia oramos sin obtener lo que pedimos; pero esto, nos dice el apostol Santiago, es porque oramos mal, y por consiguiente, simulando que oramos, no lo hacemos en realidad: *Petitis et non accipitis eo quod male petatis* (Jac., IV).

Jesucristo, nuestro divino Maestro nos ha dicho: "Cuando oreís no hableis mucho: *Orantes, nolite multum loqui* (Matth., VI):" y en otro lugar nos advierte tambien, que no basta repetir frecuentemente el nombre del Señor para entrar en el reino del cielo; *Non omnis qui dicit mihi: "Domini, Domini," intrabit in regnum cœlorum.* (Ibid., VII): dándonos con esto á entender, que el Espíritu de oracion que atrae la gracia, no es el que consiste en el mucho hablar, sino el espíritu que siente íntimamente; no el espíritu que se manifiesta por la lengua, sino el que nace del corazon; y que por consiguiente las oraciones largas que se hacen por costumbre, sin atencion por parte del espíritu, sin fervor del alma y sin recogimiento corporal, no pueden llamarse oraciones, no debiendo por lo mismo sorprender, el que no sean escuchadas.

El V. Beda dice: "El sentimiento es el que hace fructificar la oracion, y la oracion no es eficaz sino cuando el corazon dicta lo que la lengua pronuncia; *Illa solum orandi pertinacia meretur esse fructifera si quod ore precamur mente meditemur.* En cuanto á los cristianos, que presentes con el cuerpo en la iglesia, su espíritu vaga distraido por el mundo, que articulan con sus lábios las oraciones, en las que el alma ninguna parte toma, estos, pues, ningun provecho sacarán de sus recitaciones. Porque ¿cómo pudiera Dios oir las súplicas que no oyen los mismos que las hacen? *Ore quidem orantes, mente autem foris vagantes omni se orationis fructu privant: putantes exaudiri a Deo preces quas nec ipsi audiunt qui fundant.*

No faltan pecadores y pecadoras que desde el fondo del abismo de sus desórdenes levantan alguna vez su voz al cielo, pidiéndole á Dios, la fuerza que les falta para romper los vergonzosos lazos, dejar los malos hábitos, arrepentirse y enmendarse de sus culpas; pero frecuentemente, semejantes oraciones vocales, léjos de ser acompañadas del sentimiento del corazon, son desmentidas por él. Se quiere permanecer, el más tiempo posible en el estado que se deplora: derrámanse lágrimas sobre las cadenas que no se quieren romper verdaderamente; y se sentirá el haber comenzado á pecar; mas no se quiere abandonar el pecado. Sucederá, pues, á esos pecadores, lo que sucedia á S. Agustin cuando pedia á Dios la castidad ántes de su conversion, que al dirijir sus oraciones temerán ser oidos, ó ser oidos con prontitud; *Castitatem petebam.... Timebam ne cito exaudires me.* Pero en estos casos, más frecuentes de lo que se cree, ¿se podrá esperar de la bondad de Dios que oiga unas oraciones que en el fondo no queremos nosotros mismos que sean oidas? El Espíritu de la gracia no se ha prometido á la mentira, á la hipocresía y al falso Espíritu de oracion.

Más si las cosas espirituales no se consiguen, ó porque no se piden, ó porque no se piden debidamente, las temporales no se obtienen, porque se piden con demasía. Entiendo pedir con "demasía" cuando esos bienes temporales se desean sobre los que necesitamos para vivir honestamente, segun nuestra condicion, ó cuando se piden de un modo absoluto sin relacion alguna al peligro

que pudiera resultar respecto de la salvacion eterna. De este modo, rehusándonos esos bienes Jesucristo, dice San Agustin, nos hace la mayor de las gracias, y se nos muestra verdaderamente nuestro Salvador, celoso de nuestro bien eterno ántes que todo: *Non concedendo salvatorem se exhibet.*

Verdad es, que Jesucristo dijo: Todo lo que pidiereis en MI NOMBRE á mi Padre, se os concederá: *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis* (Joan., XIV). Pero no se debe olvidar, que el nombre de Jesus significa SALVADOR, esto es, salvador de nuestras almas con relacion á los pecados: *Vocabis nomen ejus Jesum. Ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum* (Matth., I). Así, pues, cuando nosotros pedimos á Dios las gracias y virtudes que necesitamos para salir de nuestros pecados y conseguir la salvacion, pedimos verdaderamente en *el nombre de Jesus*, en el nombre del Salvador; porque estas cosas, ántes que todo, están en las intenciones y deseos, y son conformes al espíritu de la mision del Salvador; y por consiguiente, pidiéndolas con fé, humildad, confianza, fervor y asiduidad y por los méritos de Jesucristo, obtendremos infaliblemente el perdon de los pecados y la bienaventuranza. Empeñada está en esto la palabra del Hijo de Dios. Más cuando pedimos gracias del órden temporal, cuyo resultado será el bienestar del cuerpo con perjuicio del alma, mejorar de condicion en este mundo á expensas de la felicidad del otro, no entrando estas cosas en la economía de las gracias del Salvador, no se nos pueden acordar por sus méritos; por consiguiente, los bienes de que vamos hablando, aunque pedidos en el *nombre del Salvador*, como quiera que no sean del número de los que se obtienen por la invocacion de ese santo nombre, no se nos dispensan.

No se sigue de lo que se ha dicho, que no debamos pedir á Dios las cosas temporales, habiéndonos enseñado Jesucristo á pedir el *pan cuotidiano*, sino que, con preferencia á todo, y de un modo absoluto debemos pedir las cosas espirituales, el reino de Dios y su justicia: *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus* (Matth., VI); y las cosas temporales las debemos pedir condicionalmen-

te, en tanto que no se opongan á nuestro adelanto espiritual y á nuestra salvacion. Pedidas así, con este órden y condicion las cosas temporales, la oracion las obtiene, y frecuentemente Dios no las acuerda sino por la oracion.

Jamás se recomendará suficientemente la práctica de la oracion.

La oracion es la luz del espíritu, el descanso del corazon, y la fuerza de la voluntad. La oracion nace de la fé como de su raiz, crece con la esperanza, se dilata con la caridad y fructifica con las buenas obras.

Semejante á una planta sin savia, el alma que no ora, jamás lleva fruto.

La oracion da la inteligencia práctica de las cosas, es la regla de las costumbres y la consejera de la vida.

Por la oracion, el hombre se eleva hasta Dios, se abandona en sus brazos y se le entrega todo entero; y Dios, segun las expresiones de los libros santos, le guarda como la pupila de sus ojos, le cubre con las alas de su proteccion y le inflama con el calor de su amor.

El hombre de oracion es sincero en sus convicciones, grave en sus gustos, verídico en sus palabras, indulgente con sus semejantes y severo consigo mismo. El hombre de oracion, es hombre de toda virtud y perfeccion.

HOMILIA SEGUNDA.

LA MUJER ENFERMA,

Ó LA PIEDAD.

(San Mateo, IX; San Marcos, V; San Lucas, VIII.)

Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.

La piedad es útil para todo; tiene promesas para la vida presente y para la futura (*I Tim. IV*).

INTRODUCCION.

1. *La verdadera y la falsa piedad. Necesidad que hay en el tiempo presente de inculcar la piedad verdadera. Este es el objeto de la exposicion de la historia de* LA MUJER ENFERMA.

Así como se distingue el oro falso del verdadero, así tambien se distingue la verdadera de la falsa piedad. Esta que no es sino la ligereza ó el capricho, el error ó la ilusion, la mentira ó la hipocresía, es igualmente odiosa á los ojos de Dios y de los hombres, y hay sobrada razon para criticarla y combatirla. Pero el hecho es, que en nuestros dias, bajo el pretexto de zaherir la falsa piedad, se hiere la verdadera. En el lenguaje del mundo, actualmente, todo el que practica su religion como se debe, que no olvida sus deberes, lo mismo que toda persona sinceramente piadosa, no es más que un beato; palabra con que se ha venido á calificar fácilmen-